

Es lamentable, sin duda, casi todo lo que a propósito de eso de Tánger en relación con el préstamo de tantos o cuantos millones que España hizo a Francia, se escribe de una parte y de otra, pero no es más lamentable que esas ceremonias oficiales y protocolarias de una aproximación entre ambos países. Porque no hay nada más triste ni más ineficaz ni más engañoso que la diplomacia. Y si la diplomacia es académica... horror!

El principio de la diplomacia ha sido, es y nos tememos que seguirá siendo el secreto, y el principio de la prensa popular tiene que ser la publicidad, que es lo contrario del secreto. No hay, pues, nada más opuesto a la diplomacia que la prensa. Y cuando la prensa discute un asunto, estropea la combinación a la diplomacia. Y si ésta, la diplomacia, quiere valerse de la prensa como instrumento —a lo que es muy dada— echa a perder su propia causa, la causa de la clandestinidad, y degrada la causa de la prensa, que es la publicidad.

He aquí porqué los verdaderos republicanos, los "res-publicanos", los que defienden la cosa pública y con ella la publicidad, el régimen de publicidad, llámese como se quiera al primer magistrado, abominan de la diplomacia secreta.

No queremos decir con esto que en lo de Tánger esté actuando la diplomacia secreta y bajo la dirección de Dato, el Canciller que fué de la neutralidad a todo trance y costa, bajo lo que se escondía, todos lo sabemos, pues era el secreto a voces, muy otra cosa que neutralidad. Lo que queremos decir, es que todo pleito tiene antecedentes y que es inútil querer embrollar las cosas, falsificando la realidad histórica de ayer.

Cuando un gobernante, un soberano o un pueblo se equivocan, lo más noble, lo más claro y a la vez lo más cauto y más eficaz, es confesar la equivocación y no, como acostumbra los conservadores de toda laya —aunque se llamen liberales— negarla para mantener el prestigio o la majestad de la autoridad, en la que entra cierta pretensión de infalibilidad. Su lema es: ¡Antes mártir, que confesor!

En el caso de Tánger, lo que aquí se ha llamado, y no sin razón, la hi-

perestesia o la nerviosidad francesa alega la actitud que el reino de España guardó durante la gran guerra respecto a Francia. Porque el reino de España fué durante la guerra, de lo más alto a lo más bajo, en su gran mayoría germanófilo y, más propiamente, francófilo. Y tanta que alguien pudo decir que más que reino de España, parecía un archiducado de Austria. Tal es la verdad escueta y el tratar de negarla es inútil.

El actual Embajador en la República Francesa, de Su Majestad el Rey de España, parece que se ocupa en influir en la prensa francesa para desfigurar y alterar la verdad histórica de lo que pasó durante la Guerra en la esfera de los más altos poderes de nuestra nación. Y una parte de la prensa francesa, la más reaccionaria y la menos republicana —en el sentido ya expuesto— finge dejarse engañarse, acaso por aquello de "a enemigo que huye, puente de plata". Y por otra parte, hay siempre en Francia, cuyo republicanismo es puramente cortical, un gran número de papanatas dispuestos a entusiasmarse con quien lleve chirimbolos. Son los "badanas". Y más si esperan algún cintajo.

Dícese que cuando Romanones, nuestro Canciller francófilo, vió a Clemenceau, fué entre otras cosas, para rogarle que se pasara la esponja del olvido sobre ciertas... "equivocaciones", (llamémoslas así) y que se entrara en el régimen de borrón y cuenta nueva. Y cuéntase, que el tigre le dijo a nuestro zorro, que el porvenir tiene sus raíces en el pasado y que no se puede ni se debe olvidar éste: "Relata refero".

Lo que no se debe hacer es tratar de falsear lo pasado. ¡Olvidarlo! ¡Pase! Pero no falsificarlo. Lo más derecho es confesarse, arrepentirse, proponerse enmienda y recibir la penitencia que le den a uno. Aunque se corre el riesgo de pecar, arrepentirse, ser absuelto y volver a pecar.

Malo, muy malo, es que se siga con aquella vieja diplomacia de clandestinidad y de engaño, pero peor es que la prensa, órgano de publicidad, trate de enturbiar la fuente de la verdad histórica. Y el problema es

de Tánger, no es sólo un problema de intereses y de lo que se llama realidades concretas. O mejor, la claridad histórica del pasado; el reconocimiento del error, es un interés y es una realidad concreta.

Todo lo peor del régimen que padecemos, todo lo más pernicioso del régimen de clandestinidad bajo que se degrada el reino de España se cifra en la resistencia a la liquidación crítica moral del pasado, en el procedimiento de echar tierra sobre lo que fué. Es la más siniestra significación de Dato. Aquella comisión, v. gr., para esclarecer la represión de la huelga de 1917? Que con amnistías no se lava eso.

MIGUEL DE UNAMUNO

